

## Lo real y lo imaginario en la experiencia del soldado<sup>1</sup>

Josep E. Corbí (Universidad de Valencia)

<http://www.josepcorbi.es>

Octubre 2004

"No, no es malo que acabase  
del modo en que lo hizo, en derrota.  
Eso nos abrió los ojos"<sup>2</sup>

1. Se divide la experiencia del soldado en tres momentos ordenados en el tiempo y aislados entre sí por la distancia que separa lo real de lo imaginario: la partida, el campo de batalla y el regreso. Al llegar al campo de batalla, el soldado descubre con sorpresa que puede oír el impacto de la bala penetrando en el cuerpo de su compañero y, sin embargo, no acaba de integrar esa experiencia en el ámbito de lo real. Para él, ese ruido es tan extraño que, en contra de toda evidencia, su mente lo interpreta como perteneciente al ámbito de lo onírico. Lo real es todavía para el soldado el mundo que habitaba antes de su partida, un mundo en el que las balas no silban y en el que uno se acostumbra a esperar que los otros respeten su integridad física. La bala hiriendo el cuerpo de un compañero es algo que el soldado vive, al principio, como parte de un sueño simplemente porque ese hecho *no puede* pertenecer al mundo del hogar del que acababa de partir y en el que todavía se encuentra inmerso:

"Cuando una bala hiere a una persona, puedes oírlo. Es un sonido inconfundible que nunca olvidas, como una especie de manotazo húmedo. Tu compañero cae junto a ti enterrando su cara en la arena, una arena que sabe tan amarga como la ceniza. Le das la vuelta y el cigarrillo que acababas de ofrecerle esta todavía encendido entre sus dientes. La primera vez que ocurre

---

<sup>1</sup> Quiero expresar mi agradecimiento a Julián Marrades y a Marta Moreno por las numerosas y cálidas discusiones que hemos mantenido sobre cuestiones estrechamente relacionadas con este trabajo y, especialmente, por sus comentarios sobre la primera versión del mismo. Conviene indicar que, en la sección 4, hago uso de materiales provenientes de J. Corbí, 'The loss of confidence in the world: the victim, the torturer, and the third person', *Kluwer Publishing Company*, en prensa. Señalar, finalmente, que este trabajo forma parte del proyecto de investigación 'Creencia Motivación y Verdad', parcialmente subvencionado por la Generalitat Valenciana (GV04B-251 y GRUPOS04/48) y por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (BFF2003-08335-C03-01).

<sup>2</sup> Alexievich, *op.cit.*, p. 36.

reaccionas como en un sueño. Corres, lo arrastras, disparas y, después no recuerdas nada, no le puedes decir nada a nadie. Es como una pesadilla que ocurre tras un cristal. Te despiertas asustado y no sabes por qué"<sup>3</sup>

Es cierto que sólo hay *un* mundo, que el hogar y la batalla *no pueden ser* propiamente dos mundos sino, en todo caso, dos aspectos o regiones de un único mundo, y que una descripción apropiada del mismo debería mostrar cómo se relacionan ambos aspectos o regiones. Pero, precisamente por eso, es especialmente relevante el hecho que revela la experiencia del soldado, a saber: que, desde el mundo del hogar, no se puede vivir como real el impacto de la bala.<sup>4</sup> Es cierto que quienes se quedaron en casa, a resguardo de las balas, *saben que* los soldados son heridos y mueren en el campo de batalla, que las balas hacen ruido, que los cuerpos destripados hieden; pero ha de haber otro sentido de saber en el que no saben, en el que no se *representan* que eso ocurre *realmente*, en el que no comprenden que las enfrentamientos de los que hablan los periódicos no son relatos de ficción, historias inventadas para distraer a los lectores, sino que conllevan muertes y heridas reales. Quien se siente lejos de la batalla sabe que allí se mata y se muere y, sin embargo, lo que allí acontece se lo representa como si esas muertes no ocurriesen realmente, como si la bala que hiere fuese más parte de una representación teatral, de una ficción, que algo que realmente hiende la carne del soldado.

El soldado pronto se da cuenta, sin embargo, de que la batalla no es un sueño, que las balas realmente hieren, que los cuerpos yacen a su lado destripados y fétidos, que los cadáveres hay que acarrearlos y pesan:

"El hecho es que para experimentar el horror tienes que recordarlo y habituarte a él. En dos o tres semanas no queda nada de tu viejo yo excepto tu nombre. Te has convertido en otro. Ese nuevo yo no se asusta de un cadáver, sino que se pregunta tranquilamente (e, incluso, un poco

---

<sup>3</sup> Alexievich, *op.cit.*, p. 16.

<sup>4</sup> Algo parecido relata Bruno Bettelheim acerca de la respuesta de los prisioneros en los campos de concentración nazis: "Todos los pensamientos y emociones que el autor tuvo durante el transporte fueron extremadamente distantes... Este distanciamiento estaba extrañamente entremezclado con la convicción de que 'esto no puede ser verdad, estas cosas no pueden pasar'. No sólo durante el transporte, sino durante todo el tiempo pasado en el campo, los prisioneros tenían que convencerse de que eso era real, de que estaba ocurriendo realmente y no era sólo una pesadilla. Y nunca acababan de tener éxito.

El sentimiento de distancia, el rechazo de la situación en la que se encontraban los prisioneros, podía considerarse un mecanismo de defensa de la integridad de su personalidad." (B. Bettelheim, *Surviving and other essays*, Nueva York, Vintage Books, 1980, pp. 62-3, traducción del autor)

Jean Améry destaca cómo desde el mundo del hogar, las celdas de tortura parecen irreales y viceversa: "Nada, en efecto, sucede como lo esperamos ni como lo tememos. Pero no porque, como se suele decir, el acontecimiento 'supera toda imaginación'.... sino porque es realidad y no imaginación....Que alguien sea conducido esposado en un coche parece 'normal' sólo cuando se lee la noticia en el periódico.... Todo se da por supuesto y nada es normal apenas somos arrojados en las simas de una realidad, cuya luz nos ciega y nos penetra; aquello que solemos denominar 'vida normal' puede desvanecerse en una representación anticipadora y en una expresión banal" (J. Améry, *Más allá de la culpa y la expiación*, Valencia, Pre-textos, 2001, pp. 87-8).

harto) cómo va a arrastrarlo por las rocas y acarrearlo varios kilómetros con un calor sofocante.

Esta nueva persona no tiene que imaginar: *conoce* el olor de las tripas colgando, el olor de los excrementos mezclados con sangre. Ha *visto* cráneos chamuscados sonriendo entre un montón de metal derretido, como si cuando murieron unas horas antes hubiesen estuviesen riendo y no llorando."<sup>5</sup>

El soldado, al tiempo que percibe la experiencia del horror como real, reconoce que su yo se ha transformado, que de su antiguo ser sólo queda el nombre. Su identidad como sujeto está, según parece, tan anclada a las expectativas del mundo del hogar que sólo transformando su identidad puede percibir como real una situación en el que tales expectativas se truncan. De hecho, cuando el soldado regresa al lugar que fue su hogar, ya no es el mismo que partió. La realidad del campo de batalla (no su representación imaginaria) sólo puede vivirse si uno se transforma:

"Cuando regresé, no podía ponerme mis pantalones y mis camisas anteriores a la guerra. Perteneían a un extraño, aunque todavía oliesen a mí, como aseguraba mi madre. Ese extraño ya no existe. Su lugar ha sido ocupado por otro con el mismo apellido –que prefiero que no mencione. Me gustaba esa otra persona."<sup>6</sup>

No obstante, cuando uno regresa, se da cuenta de que esa transformación es irreversible, que su vida se ha visto definitivamente alterada, que no puede volver al antiguo hogar, que no se entiende con quienes no han sufrido la experiencia de la batalla, que su mundo ya no es ni el del hogar ni el de la batalla, sino el del regreso:

"Intentas vivir una vida normal, tal y como vivías antes, pero no puedes. No daba nada por mí mismo ni por la vida en general, sentía como si mi vida se hubiese acabado."<sup>7</sup>

El soldado vive el regreso al mismo tiempo como lúcido y como dañado. Lúcido: porque, por fin, ve los engaños de los que fue víctima y en los que siguen atrapados quienes no han vivido su experiencia; dañado: porque permanece en él la añoranza del hogar, de la inocencia perdida en el campo de batalla. No hay, por tanto, un verdadero regreso, uno se asoma a su antigua vida pero no puede reemprenderla.<sup>8</sup> El regreso es o bien un intento de olvidar el campo de batalla o bien de integrarlo en el mundo del hogar. Ambas estrategias se manifiestan inútiles y refuerzan la idea de que la cesura que se abre entre el hogar y la batalla no se puede cancelar, que el único punto de encuentro es la vida dañada del soldado

---

<sup>5</sup> S. Alexievich, *Zinky boys. Soviet voices from a forgotten war*, London, Chatto & Windus, 1992, p. 16. La traducción de este texto y el resto de las citas de este libro corresponden al autor del presente artículo.

<sup>6</sup> Alexievich, *op.cit.*, p. 38.

<sup>7</sup> Alexievich, *op.cit.*, p.26.

<sup>8</sup> En este sentido, comenta el poeta español Tomás Segovia, exiliado tras la guerra civil: "Cuando me preguntan ¿por qué volviste?, digo que yo no he vuelto. Como decía Max Aub, aunque en otro sentido, he venido pero no he vuelto. Quería decir que volver no significaba que quisiera integrarse, sino asomarse. Yo no he vuelto. Sigo viviendo entre dos mundos." (entrevista en *Babelia, El país* (5/04/03), p. 2)

que intenta regresar.